

## **Alfonsina**

*Alfonsina*

Liliana Denís Martínez de Luna

*Universidad Autónoma de Aguascalientes, México*

*Lic. En Historia*

*6° Semestre*

*Lmartínezdlg41@gmail.com*

Tenía once años recién cumplidos, mi padre cortaba leña mientras yo jugaba con mis muñecas de trapo cuando los perros empezaron a ladrar, cuatro hombres entraban por el frente de la casa, traían armas consigo. Él me dijo que entrara a la casa con mi madre hasta que se fueran.

Sólo recuerdo juntar fuertemente mis manos y rezarle a nuestra señora Santa Rosa de Lima que nos protegiera de esos hombres que se habían llevado a mi padre.

Los hombres llegaron con mi padre, le enseñaron un papel enrollado, alcancé a escuchar la palabra “leva”. ¿Qué demonios es eso?

- Es que usted no lo entiende señor, no me puedo ir y abandonar a mi esposa y a mi pequeña hija, no me haga dejarles aquí.
- Son órdenes, señor, o nos acompaña voluntariamente o será llevado a la fuerza.
- Podrá hacerme lo que se le ocurra, pero no me irá.

El hombre más grande perdió la paciencia y le propinó a mi padre un puñetazo en la cara. Su nariz empezó a sangrar copiosamente pero no se dobló, hasta que a punta de culatazos mi padre terminó en el suelo.

La imagen de mi padre siendo arrastrado por los cuatro hombres me desgarró por dentro.

Yo quería gritar, correr a detener a esos hombres que lo lastimaban, pero mi madre no lo permitió, sólo me abrazó fuertemente.

Pregunté a mi madre que había pasado, por qué se lo llevaban si él no quería dejarnos. Me explicó que se llevaron a mi padre a la guerra, sí, a la guerra. Me partí la cabeza



pensando en por qué, él no había peleado con nadie, no tenía por qué ir, él debía estar con nosotras.

Nuestra casa pertenecía a la hacienda de la Solana, vivíamos tranquilos, sin comprometernos con nadie. Hacía un mes que el señor Maximiliano había llegado a vivir a Querétaro, éramos “la capital del Imperio”, todo parecía estar bien.

Ya que mi padre se había ido, mi madre y yo nos refugiamos en casa de mis abuelos. Mi abuelo Cirilo echaba chispas del coraje.

- Esos cochinos imperialistas, se llevaron a tu esposo para que pelee por ellos, son incapaces de ensuciar sus manos para defenderse el pellejo.
- Yo sólo quiero que me lo regresen con bien- decía mi madre pegándose el rosario al pecho.

Me comía viva la desesperación y la angustia. Quise correr, ir con esos señores, los tales imperialistas y decirles que extrañaba a mi papá, que me lo regresaran por favor.

En la mañana, mientras mi madre y mis abuelos dormían salí de la casa y caminé, lo hice durante horas, hasta que mis pequeños pies estaban casi sangrando. Miré a lo lejos unas casas, me acerqué. Hallé otra familia como la mía y conté lo que había ocurrido. La señora de la casa me dijo que no podía seguir caminando sola, que algo podía pasarme y eso sería muy malo. Se ofrecieron a llevarme a la casa de mis abuelos.

Decepcionada, debía pensar en otro plan para salvar a mi padre. Cuando me dejaron en la casa mi madre corrió a abrazarme.

- No vuelvas a irte de esa forma, Alfonsina.
- Quería ir por mi padre, pensé que si les decía a esos señores imperialistas que lo extrañaba mucho lo dejarían volver.

Mi madre me miró con extrañeza.

- ¿Cómo se te ocurrió eso?
- Oí que el abuelo dijo que los imperialistas se habían llevado a mi padre para que peleara por ellos. Por eso quise ir a verlos.

Mi abuelo entró al quite.



— Sí mi niña, pero no puedes ir tú solita caminando por ahí, te puedes perder y eso nos pondría muy tristes. Ya verás que tu padre regresa pronto.

Pero no fue así, pasaron uno, dos, tres meses... y no había noticias de mi padre. Lloraba bajito todas las noches, sentía una impotencia que no debía sentir a mi edad, seguía sin entender por qué mi familia se había roto, y si algún día pudiera ser feliz.

Yo sólo escuchaba a los adultos hablar de batallas, armas, muertos y quería vomitar cada que pensaba que mi padre podía ser uno de ellos.

En el mes de mayo, con ese sol característico de la época, el calor y luego la incesante lluvia, al parecer el señor Maximiliano y sus imperialistas fueron derrotados. No supe bien qué significaba eso, pero una tarde, mientras el sol se moría a lo lejos vi una figura grande renguear por la entrada de la casa. Lo reconocí, la barba, las manos grandes y la sonrisa al verme.

— ¡Padre! ¡Padre!

Grité mientras corría. Me acerqué más y más y noté el artefacto extraño en el cual se apoyaba. Grité horrorizada.

Por defender a los imperialistas y luchar contra otros hombres que también estaban lejos de su familia, mi padre perdió la pierna. Ellos perdieron la ciudad y ganaron el odio y resentimiento de una niña de once años.